

UNA INVESTIGACION POR ENCARGO

Luis José Guerrero Anaya*



Quizá lo que a continuación se reseña no interesa más que como anécdota personal. Sin embargo, lo puse por escrito para ilustrar los quehaceres que eventualmente ocupan a los que trabajamos en las universidades mexicanas de provincia, en las que además del trabajo ordinario, se realizan tareas en silencio y sin aparente conexión con lo cotidiano. Si algo aprendí de lo reseñado a continuación es que el mundo académico en que vivimos todavía no cae —si se quiere ver las cosas con optimismo— en la sobrespecialización que ataca a las academias primer mundistas, pues aquí seguimos haciendo de todo un poco y también, aprendiendo cosas nuevas. Esta es la historia y el contenido de una investigación por encargo, juzgue el que la lea sobre su pertinencia.

En marzo de 1987, el Instituto de Investigaciones José María Luis Mora, organismo descentralizado de la Secretaría de Educación Pública, con sede en el Distrito Federal, me propuso hacer un libro sobre Chile en el siglo XIX, que formaría parte de una serie sobre América Latina editada por el mismo Instituto. Esta serie intenta difundir la historia de los países latinoamericanos entre no expertos en historia, de tal manera que el libro que me pedían que hiciera debía contener: una síntesis histórica de Chile durante el siglo pasado, que diera cuenta de los sucesos históricos y sociales que marcaron a aquel país en ese tiempo; una antología de textos, que descu-

briera facetas de Chile que ayudaran a comprender su historia, pero también la nuestra; una cronología de los principales acontecimientos que marcaron al país durante el periodo reseñado, y, una bibliografía comentada que reseñara las obras que por su importancia, ayudaran a comprender mejor el proceso histórico chileno durante el siglo pasado.

El proceso de elaboración del libro en cuestión enfrentó las siguientes dificultades. *Uno.* La búsqueda de bibliografía, pues vivir en la provincia de un país absolutamente centralista, impide que en la periferia se encuentren bibliotecas lo suficientemente especializadas y surtidas como para encontrar amplias bibliografías —en la biblioteca del ITESO, por ejemplo, no había en ese momento ningún libro sobre el tema; ahora sí porque la universidad adquirió un fondo sobre historia bastante importante, con todo, todavía no está clasificado—, así que debí pasarme dos periodos vacacionales en la ciudad de México para poder documentarme debidamente.

Dos. Estudiar sobre el tema Yo había terminado mi carrera de Estudios Latinoamericanos en la UNAM en 1983, año en el que llegué al ITESO, donde la historia, o más bien, el oficio de historiar, brilla por su ausencia, a excepción de los pocos aficionados que nos reunimos durante tres años para estudiar historia de México. Además, en esos cuatro años mis ocupaciones y preocupaciones habían estado centradas en otras

cuestiones: la docencia de ciencias sociales, el compromiso social de la Universidad, pertenencia a organismos colegiados, juntas de trabajo. . .

Tres. Trabajar los fines de semana. Los quehaceres señalados arriba siguieron ocupando mi tiempo de trabajo ordinario. Fue en los fines de semana en los que mi esposa —sin ella nunca hubiera terminado el libro— me enseñó a usar el procesador de palabras de una computadora, en los que escribí, en los que, otra vez con la ayuda de mi esposa, transcribí los textos de la antología, en los que luché contra el cansancio y la desidia que —especulo— atacan a todo el que intenta escribir.

Hacer un libro que exponga sintéticamente los acontecimientos que afectaron a un país latinoamericano durante el siglo XIX de forma clara y consistente, es una tarea difícil. En el caso de Chile esta tarea es agradable porque el pueblo chileno está muy cerca de nuestros corazones, ya por la solidaridad que nos une, ya por los hombres y mujeres que tanto han aportado a México en los últimos años.

* Licenciado en Estudios Latinoamericanos por la UNAM. Director General de Integración Comunitaria del ITESO.

